

existentes en los almacenes; pagar los sueldos atrasados con los fondos retenidos en Salamanca; proporcionarse algunos caballos de remonta, y cruzar luego por Guarda y Belmonte la sierra de Gata, que se enlaza, como hemos dicho, con la de la Estrella y la de Guadarrama, bajar por Alcántara al Tajo, siguiendo el camino que Reynier había llevado para juntársele en el anterior mes de julio, y volver así á empezar al punto la campaña con otros datos. Aun descartando las tropas de Drouet, le quedaban cuarenta mil hombres de calidad incomparable, entre los cuales no había un solo soldado accesible al temor ni tampoco al cansancio, y con fuerza semejante y dando ya la mano al ejército de Andalucía, se lisonjeaba de penetrar en Portugal por una vía nueva. Pero esperar un segundo esfuerzo de esta clase después del mal éxito del primero, era presumir mucho, sino de los soldados, al menos de los gefes. Por lo que hace á los soldados, con zapatos, víveres y algunos días de descanso, aun cabía intentarlo todo, pero los gefes, desunidos, desanimados, descontentos de sí mismos y de los otros, no queriendo deber á la constancia los triunfos que no habían debido á la fortuna, eran por el momento incapaces de cooperar á los planes del mariscal Massena. Así, tan luego como los indicaron órdenes emanadas del cuartel general, fueron objeto de críticas violentas y de una sublevación de ánimos universal ó punto menos.

Verdad es que eran criticables bajo muchos aspectos. Aun prescindiendo de lo que los lugartenientes de Massena se apresuraron á divulgar hasta en las filas de los soldados, sobre que abau-

donadas las plazas de Almeida y de Ciudad-Rodrigo, y viendo los ingleses á Castilla la Vieja expedita, se darian prisa á penetrar en ella y cortarían de su base de operaciones á todos los ejércitos franceses que maniobraban en España, resolución poco verosímil por parte de un general tan prudente como lord Wellington y además poco temible, porque el mariscal Massena con un rápido retroceso le hubiera forzado á volver á pasar la frontera; sin alegar estas razones poco graves, era menester averiguar si trasladándose al Tajo se podría vivir allí; si, admitiendo que se pudiera vivir, se lograría la empresa asignada al ejército de Portugal, que era tomar á Lisboa y expulsar de la Península á los ingleses. Ahora bien, una cruel experiencia acababa de enseñar que sin la posesión de las dos márgenes del Tajo no se podía atacar con éxito á Lisboa. Efectivamente, si se operaba por la izquierda del río, no se debía poseer la derecha, á menos que desde Alcántara se bajara manteniéndose á caballo sobre ambas orillas. Para esto fuera necesario un tren de puente que no había y proteger los movimientos por caminos laterales al río, que no existían tampoco. No era, pues, probable la posesión de las dos riberas. Además, con cuarenta mil hombres, aun cuando excelentes, no había fuerzas bastantes para obrar de un modo ofensivo. Siempre se necesitara la cooperación del ejército de Andalucía, en que no había mas fundamento para esperar cuando se fuera en su busca que cuando se le había esperado en Abrantes. Si verdaderamente no se había podido separar de Andalucía á causa de los embarazos que le detenían en ella, no desaparecerían con que se fuera á bus-

carle: si, por el contrario, no habia querido prestar ayuda, tampoco se le inspiraria mas abnegacion de cerca que de lejos. Por tanto no era de esperar que en esta nueva invasion de Portugal se alcanzara el fin mas que en la precedente. Todo lo que se podia era dar una nueva prueba del teson invencible del antiguo defensor de Génova. Cincuenta mil hombres de refuerzo, viveres, un tren de puente, varios dias de descanso, caballos, una autoridad obedecida, todo esto se necesitara para volver á comenzar la campaña de Portugal con probabilidades de buen suceso, y nada de esto se conseguia con la resolucion de marchar sobre Alcántara.

Llena la mente de Massena de este proyecto, que le consolaba de sus pesares, al llegar á la frontera de Castilla la Vieja, dirigió sus tres cuerpos á la sierra de Gata y les señaló cantones adecuados á la marcha que habrian de ejecutar pronto. Al cuerpo de Reynier asignó como un lugar de descanso á Belmonte, que se halla en el nacimiento del Zezere sobre el respaldo del sur de la Estrella; al cuerpo de Junot á Guarda, que se halla en el nacimiento del Mondego; al cuerpo de Ney á Celórico, que es un terreno pedregoso, muy árido, muy pobre, el cual separa las aguas del Coa de las del Mondego. Ordenando las instrucciones de Massena desembrazarse de los heridos, de los enfermos y de los bagajes inútiles, conceder algun descanso á las tropas, hacer llegar los objetos de equipo necesarios y los fondos del sueldo, dejaba presentir sus designios ulteriores. A Reynier especialmente le pedia informes sobre los recursos del pais por haber vivido mucho en Extremadura.

Pronto no fué el proyecto de Massena un arcano. Su divulgacion desagradó en el cuerpo de Reynier, que no tenia motivos para estar satisfecho de su permanencia en aquella provincia, y que ademas contaba con hallarla agotada del todo. No produjo mejor efecto en el cuerpo de Junot, que no conocia á Extremadura, pero que no deseaba tornar tan en breve á una campaña tan ruda y tan poco fructuosa. En el cuerpo de Ney sentó peor todavía, como que acababa de sufrir todas las penalidades y peligros de la retirada, cosa á la verdad muy justa, pues durante la estada en Santarem siempre se habia hallado lejos del enemigo y preservado de la miseria de todo punto. Pero acababa de sufrir sobremanera, viéndose obligado á permanecer en las filas durante la retirada y privado asi de la libertad del merodeo. A mas se le habia dado por lugar de descanso un desierto pedregoso, donde no se hallaban ni pan, ni carne, ni legumbres, y donde por todo recreo no tenia mas que la vista de un enemigo bien alimentado, continuas alertas de retaguardia y lluvias torrenciales. Anunciarles que despues de tres ó cuatro dias de inmovilidad y de hambre en aquel lugar maldito, se le consideraria ya descansado, y bajaria á la vista de Castilla la Vieja hacia Extremadura, donde habia permanecido un instante en la época de la batalla de Talavera, sin encontrar alli abundancia, aun cuando el pais estuviera virgen entonces, era reducirle á desesperacion extremada. En nombre de sus tropas se apresuraron los generales de division á elevar su voz al mariscal Ney, que no necesitaba de excitaciones: le estrecharon á que pusiera en noticia del general en gefe su miseria, á que le patentiza-

ra la imposibilidad de permanecer ni cuarenta y ocho horas en el sitio donde se les habia acantonado, como tambien la imposibilidad de volverse á poner en marcha sin recibir antes zapatos, vestuario, dinero y caballos. Ahora bien, como el vestuario, los zapatos y el dinero estaban en Salamanca, y los caballos no se sabia donde, era poco probable que tres, cuatro, ni diez dias bastaran para el avituallamiento de las tropas. Al mariscal Ney le sublevaba sobre todo la idea de hacer una nueva campaña á las órdenes de Massena. Alentado por las quejas que se alzaban en su rededor, por la popularidad de que en su cuerpo de ejército gozaba, cedió á un movimiento de indocilidad, que recordaba ciertos tiempos de la revolucion y que, bajo Napoleon, no era concebible mas que en España, en medio de la anarquía militar emanada de las privaciones, de los descalabros y las distancias. Asi Ney escribió al general en gefe una carta en la cual, enumerando los sufrimientos inauditos de su tropa, la imposibilidad de que en Celórico viviese, la necesidad de permitirle que se aproximara hácia al Coa y los inconvenientes de una nueva campaña sobre el Tajo, reclamaba formalmente que las órdenes del emperador se le pusieran de manifesto, y declaraba que, si como creia, no existían órdenes tales, se veria forzado á la desobediencia. Este era un acto muy extraordinario, y prueba hasta qué punto es necesario en todos tiempos el yugo de las leyes para contener en la línea de su deber á los militares. Excelentes razones tenia el mariscal Ney para desaprobado el movimiento sobre el Tajo, bien que en su despacho no adujera las mejores: esta desaprobacion pudo expresarla confi-

dencialmente al general en gefe, si le pedia su dictámen, y aun sin pedirselo; pero exigir la comunicacion de las órdenes del emperador era una pretension muy extraña, pues bastaba que el mariscal Massena fuera general en gefe para que se le prestara obediencia, tuviera ó no instrucciones del emperador, supliéralas ó modificáralas á su gusto. Solo era el juez de todo y no tenia que explicarse mas que con el emperador, sin dar cuenta á los oficiales que estaban debajo de su mando.

Persuadido estaba Massena de que la indocilidad de sus lugartenientes, y á veces la tibieza de su zelo, le habian impedido en Busaco tomar la posicion del enemigo, en Punhete pasar el Tajo, en Condeixa apoderarse de la línea del Mondego, en Ponte Murcelha, por fin, detenerse sobre la línea del Alba. Esto le tenia exasperado: si no habia antes roto en ira, era por evitar en el ejército una conmocion que pudiera ser peligrosa durante la retirada. Pero, saliendo de su hábito de dejar correr las cosas por el último acto del mariscal Ney, tomó instantáneamente la resolucion de arrancarle su espada delante del ejército entero. Dirigióle un despacho en que, extrañando la carta suya que habia recibido y no dignándose responder á la pretension de conocer las órdenes del emperador, le reiteraba sus instrucciones anteriores y relativas á un movimiento sobre el Tajo, y le preguntaba si persistia en su negativa á la obediencia. Conociendo Ney aunque tarde, por esta pregunta perentoria, á lo que se habia expuesto, hubiera querido retroceder de su muy irreflexivo paso; mas, viéndose provocado á una especie de reto delante de su estado mayor, la peor de las córtés, no se

atrevió á tanto, é insistió, bien que en términos mas convenientes, pero siempre inadmisibles, sobre que las órdenes del emperador le fueran comunicadas.

Ante esta persistencia no guardó Massena mas contemplaciones: intimó al mariscal Ney que al punto dejara el sexto cuerpo y se trasladara á lo interior de España para aguardar allí lo que el emperador decidiera respecto de su persona: mandó al general Loisson como el mas antiguo de los del sexto cuerpo, que se pusiera á su cabeza y prohibió obedecer al mariscal Ney bajo las penas impuestas á la rebeldía. Los lisonjeros, que adulando al ilustre mariscal le habian arrastrado á una insubordinacion sensible, viendo desecha su miserable pandilla por la energia del general en jefe, hubieran ahora querido inclinar al mariscal á que cediera, mas no lo permitia su orgullo deplorablemente comprometido. Verdad es que para enmendar su yerro se ofrecia una coyuntura. Habiendo recibido sus convoyes de víveres los ingleses, pusieronse de nuevo en camino, y tras de abandonar por algunos dias las huellas del ejército francés, acababan de asomar con la intencion aparente de seguirlas. Un pretexto de honor suministraba la presencia del enemigo para no dejar el mando del sexto cuerpo: protextando Ney contra la orden que le heria, escribió á Massena que á la aproximacion de los ingleses no consideraba que se debía alejar de las tropas: sin embargo, inflexible Massena, reiteró al general Loisson la orden de tomar el mando del sexto cuerpo. Esta vez, haciendo suceder Ney á un momento de error una sumision laudable, abandonó el sexto cuerpo, donde dejaba uni-

versales simpatías, pero ninguna disposicion á la revuelta.

Hecho á la disciplina este sacrificio doloroso, se pudo notar en las tropas menos indocilidad de lenguaje, bien que no mas aficion á renovar sobre el Tajo las tentativas que se consideraban como funestas para el ejército é inútiles para los designios del emperador. Resignadas estaban á obedecer sin duda, aun cuando con verdadero odio hacía quienes exigiesen tal obediencia. A pesar de que Massena, duro para los demas como para sí propio, hacia poquisimo caso de lo que se llama sufrimiento, habia consentido en que el sexto cuerpo se aproximara á las plazas de Almeida y de Ciudad Rodrigo con el fin de sacar de sus almacenes lo preciso para repartir la racion de que carecian los soldados. Empezóse, pues, á vivir á expensas de estas plazas.

Desgraciadamente la desnudez del pais igualaba á la de las tropas que en él iban á rehacerse. El general Gardanne, encargado de velar por la retaguardia del ejército de Portugal y de reunir provisiones, no habia tenido para proporcionárselas autoridad bastante. El general Drouet, jefe del noveno cuerpo, titulo dado á las antiguas divisiones de Essling, solo tuvo tiempo de asomar por aquel punto, pues entró en Portugal sin demora, y no hizo mas que consumir lo poco que se habia recogido hasta entonces. A la verdad algunos de los ajustes hechos el último setiembre, al tiempo de la partida de las tropas, se habian llevado á cabo, pero en Salamanca, y parte de los granos comprados ó exigidos se hallaban dentro de carretas abandonadas á lo largo de los caminos de Salamanca y

Ciudad-Rodrigo, habiendo servido el resto para alimentar á las divisiones de Conroux y de Claparedé. Apenas quedaban en las plazas de Almeida y de Ciudad Rodrigo mas que escasas provisiones de sitio para guarniciones de mediana fuerza, provisiones que no podian menos de ser devoradas por el sexto cuerpo muy pronto. Una nueva providencia recién adoptada por Napoleon habia agravado mas con complicaciones semejante estado de cosas. Habia nombrado al mariscal Bessieres, duque de Istria, jefe de todo el Norte de España. Véase por qué razon.

Fijo en el inconveniente de tener gefes diversos en Burgos, en Valladolid, en Leon, en Salamanca, disgustado en particular del general Kellerman, cuya administracion censuraba y cuyas criticas no le agradaban por demasiado atrevidas, quiso Napoleon reunir todas las tropas diseminadas en el Norte de España bajo la autoridad de un solo general en jefe, que tuviera á sus órdenes las provincias de Vizcaya, de Burgos, de Valladolid, de Zamora y de Leon. Para este cargo elevado habia elegido al mariscal Bessieres, porque ya habia servido en el Norte de la Peninsula, donde habia ganado la brillante victoria de Rioseco, y porque ademas estaba al frente de la guardia imperial. Siendo en esta region el mas grueso cuerpo de tropas el de la joven guardia, fuerte de diez y siete mil hombres próximamente y situado en Burgos, nada pareció mejor á Napoleon que enviar allí al jefe de su guardia. Ya estaba instalado en Burgos el mariscal duque de Istria al tiempo en que el ejército de Portugal retornaba á Castilla la Vieja. Massena le habia escrito, anunciándole su

llegada, sus necesidades, sus proyectos, la cortamansion que pensaba hacer en el Norte de la Peninsula, y pidiéndole prontos socorros de víveres, de municiones y de caballos.

El mariscal Bessieres era un hombre muy bizarro, un excelente oficial de caballeria, oriundo de Gascuña, prometiendo mucho sin tener en cuenta lo que ofrecia, propenso á agitarse, bien que honrado, agudo y prevaliéndose de su adhesion, que era á Napoleon muy conocida, para decirle á menudo útiles verdades. A semejanza de cuantos llegaban á ejercer un mando en España, no dejó de pintar al vivo el deplorable estado de las cosas, el gran número de guerrillas, las extremadas penalidades de los pueblos, su odio profundo hacia nosotros, las miserias del ejército, y sobre todo la circunstancia singular ya citada de las carretas de trigo abandonadas por falta de caballos en el camino de Salamanca á Ciudad-Rodrigo. Naturalmente acompañó estas vivas pinturas con el compromiso algo presuntuoso de sacar muy luego el orden del caos. Aunque manifestase mucha deferencia y admiracion hacia Massena, habia enviado á Paris relaciones poco ventajosas acerca de lo que acababa de suceder en Portugal, fundándose en el mas falaz de los testimonios, el de un ejército descontento; y al par que escribia de esta suerte á la capital de Francia, prodigaba personalmente á Massena las seguridades de la adhesion mas cumplida y hasta le hacia esperar socorros, que sin duda le enviara de buen grado, si para proporcionárselos hubiera tenido talento. Provisionalmente empezó por tomar en Salamanca parte de las sumas reunidas para el salario de las tropas, y para em-

plearlas en compras de trigo de éxito dudoso, por manera que la dispersion de los caudales precedió al servicio anunciado, y así en vez de viveres no envió al ejército de Portugal mas que promesas muy calorosas.

No viendo Massena llegar nada al cabo de algunos dias de espera en la frontera de Castilla la Vieja; recibiendo al propio tiempo de Reynier y de varios de sus lugartenientes detalles poco tranquilizadores sobre los recursos que podian prometerse en Extremadura; viendo mermarse las provisiones de Ciudad-Rodrigo y de Almeida con tal rapidez que se corria peligro de alejarse de estas plazas; no pudiéndose vivir allí mas de tres ó cuatro semanas, si las llegaba á bloquear el enemigo; viendo sus escuadrones y su artilleria sin caballos, y los espíritus mas exasperados de dia en dia contra la idea de lanzarse á una nueva campaña á orillas del Tajo, renunció, en fin, Massena al proyecto que, desde la pérdida sucesiva de las líneas del Mondego y del Alba, fué el único alivio de sus pesares. Ya no tenia arbitrio para disimular esta retirada dolorosa, ni para darle otro significado trasladándose sobre Alcántara: fuerza era confesar que despues de una marcha atrevida hacia Lisboa, despues de una obstinada mansion de seis meses junto al Tajo, se habia visto obligado, ni mas ni menos que los dos ejércitos que avanzaron á Portugal anteriormente, á evacuar esta comarca tan poco favorable á las armas francesas.

Al punto despachó Massena á Paris un oficial de su confianza para que informara á Napoleon de los sucesos de la retirada, de las causas que le es- torbaron establecerse junto al Mondego, de las que

impedían su nueva marcha sobre el Tajo, y de las lamentables escenas que entre él y el mariscal Ney habian ocurrido. Este oficial debia solicitar socorros, órdenes y, en fin, todo lo necesario para abrir de nuevo y sin demora la campaña. Agobiado este veterano ilustre de fatiga, acibarado de amarguras, conservaba tanta firmeza y resolucion que no parecia que experimentara ningun contratiempo. Medios de obrar pedía y no descanso. Aun no habia recibido respuesta á la mision del general Foy que debia explicar el movimiento del Tajo al Mondego.

Al mismo tiempo hizo que el ejército entrara en Castilla la Vieja. Distribuyólo entre Almeida, Salamanca, Ciudad-Rodrigo y Zamora, en acantonamientos donde pudiera rehacerse, y en seguida se dirigió personalmente á Salamanca, para ver de imprimir con su presencia alguna actividad á la administracion de las tropas. Acercándose esperaba obtener algo de la inquieta actividad del mariscal Bessieres, que no cesaba de llamarse su lugarteniente muy afecto y muy sumiso.

Durante la retirada, cuya relacion acaba de leerse, continuó y terminó el mariscal Soult el sitio de Badajoz, conducido con grande lentitud al principio y con notable celeridad en los últimos dias. Ya el 11 de febrero apoderóse del fuerte de Pardaleras, y dueño así de este punto de apoyo tan próximo al recinto, no habia aun llegado á principios de marzo al bórde del foso, adonde, segun las reglas del arte y atendida la fuerza de la plaza y de la guarnicion, se debiera de haber estado al cabo de una semana. Verdad es que la batalla del Gévoira se dió durante este intervalo; mas, segun el dia-

rio del sitio, no distrajo á las tropas mas que tres dias, y ni aun hubo de resultas que suspender los trabajos, aun cuando se alojara algo en ellos. Si se empleara el tiempo en el sitio de Badajoz como en los demas sitios ejecutados en España, si se tomara la plaza á los doce ó quince dias de poseer el fuerte de Pardaleras, el ejército de Andalucía quedara libre del 23 al 26 de febrero, y el socorro pedido por Massena, ordenado por Napoleon, pudiera llegar en tiempo oportuno, puesto que el mariscal no abandonó las márgenes del rio Tajo hasta el dia 7 de marzo (1). A la verdad siempre que-

(1) En su obra sobre los diversos sitios de Badajoz expresa el general Lamare la opinion siguiente:

«Entre las proezas de los sitiadores no dejamos de hallar tambien faltas, y la franqueza con que vamos á exponerlas, justificará los elogios que acabamos de tributarles.

«Sin embargo, no tenemos el designio de entrar en un exámen detallado de cuantas fueron cometidas, pues, para hacerlo, habria que seguir los ataques dia por dia, y que redactar, digámoslo así, una relacion nueva; nos limitaremos de consiguiente á determinar las que nos parecen mas de bulto.

«Véase aquí su exposicion en pocas palabras. Ante todo la causa principal de prolongarse tanto el sitio, procede de haberse elegido mal el punto de ataque por el centro. El general Cery se hubiera debido aprovechar de la ventaja que ofrecia la posicion saliente del bastion, cuyo revestimiento, visto en parte desde el campo, no tenia á la sazón mas que un simple camino cubierto para protegerle y dirigir rápidamente contra este bastion un ataque vigoroso, y caminar en derechura hasta los glasis, de manera de coronar el camino cubierto en menos de ocho dias. Durante esta operacion se debiera de haber dirigido un segundo ataque hácia Pardaleras, para apagar los fuegos de este fuerte y tomarlo á viva fuerza.

«En esta hipótesis las reglas del arte le obligaban á

daba el peligro de alejarse de Andalucía para engolfarse en Portugal, peligro menor cien veces á pesar de todo que el que se correria, cuando, desembarazados los ingleses del mariscal Massena, se pudieran arrojar sobre el mariscal Soult en masa.

Sea como quiera, el 3 ó 4 de marzo apenas se tocaba al borde del foso. Al llegar allí se distinguió

abrir la primera paralela á quinientos ó seiscientos metros de los frentes y del fuerte de Pardaleras, apoyando firmemente con buenos reductos la izquierda de la paralela en el Guadiana y la derecha en Calamon.

«Bien se concibe que este plan de ataque hubiera sido preferible al que fué adoptado y que verosimilmente ahorrrara mucho tiempo y no poca gente ni escasas municiones, sacándose partido de las ventajas que presentaba.

«Aun cuando la defensa de los españoles fué denodada; aun cuando el rigor de la estacion, las lluvias continuas, las inundaciones que sumergian nuestras trincheras, la falta de víveres, la llegada de Mendizabal, las multiplicadas salidas, la batalla del Évora y el escaso número de operarios, contrariaron y retardaron las operaciones del sitio, debemos decir, sin embargo, que, ademas de las faltas cometidas en la direccion de los ataques, tanto por parte de los ingenieros como de la artilleria, el sitio de Badajoz fué conducido muy lentamente y que por lo menos perdió el ejército ocho dias delante de esta plaza; tiempo precioso que hubiera permitido al duque de Dalmacia acercarse á las orillas del Tajo, y cambiar la serie de desgracias que siguieron la retirada del ejército de Portugal.»

(*Relacion de los sitios y defensas de Badajoz, de Olivenza y de Campomayor, en 1811 y 1812, por las tropas francesas del ejército del Mediodia en España á las órdenes del mariscal duque de Dalmacia, por el general Lamare. París, 1837, pág. 82 y 83.*)

La opinion de Napoleon es diversa, aunque en igual

que los sitiadores levantaban trincheras en lo interior de los bastiones, de modo que tomado cada uno de ellos tenia detrás donde resistir á los que dieran el asalto. De resultas se aproximaron á cambiar la direccion de la batería de brecha y á dirigirla contra la cortina ó muro que une entre sí los bastiones, de manera que, dado el asalto, se hallaran en lo interior de la plaza. Segun se aproxi-

sentido, y creia que se hubiera debido poseer á Badajoz en todo enero; verdad es que tomando de mas arriba las operaciones y suponiendo que el mariscal Soult hubiera partido mucho antes de Sevilla para Extremadura.

Véase la carta que escribia con este motivo:

«Al mayor general.

«PARIS, 5 de febrero de 1811.

«.....Escribid al duque de Istria para anunciarle, enviándole el *Monitor*, que en él hallará las últimas noticias que tenemos de Portugal y que deben de ser del 13: que al parecer todo toma un colorido ventajoso; que si Badajoz ha sido tomada en el curso de enero, el duque de Dalmacia ha podido trasladarse al Tajo y facilitar al príncipe de Essling la construccion del puente.

«De consiguiente es importantísimo efectuar las providencias que he prescripto, para que el general Drouet se pueda hallar completamente á disposicion del príncipe de Essling con sus dos divisiones.

«Escribid al mismo tiempo al duque de Dalmacia para enterarle de la situacion del duque de Istria y para reiterarle la orden de ayudar al príncipe de Essling en su paso del Tajo; que espero que Badajoz se haya tomado en el curso de enero, y que antes del 20 del propio mes haya verificado su incorporacion al príncipe de Essling junto al Tajo; que si es menester puede retirar las tropas del sexto cuerpo; que, en fin, todo está sobre el Tajo.»

maban al recinto, los fuegos de los españoles mas convergentes al mismo punto y mas fáciles de dirigir eran de una violencia extremada, derribaban las cabezas de zapas, hacian caer los espolones en las trincheras, y mataban ó herian cotidianamente de cincuenta ó sesenta hombres. Pero las noticias llegadas de diversas partes imponian el deber de superar todos los tropiezos. Unas procedentes de Andalucía aseguraban que el mariscal Victor se hallaba en el mayor peligro; que un ejército formado delante de Gibraltar con tropas inglesas y españolas, sacadas de Sicilia, de Gibraltar, de Cádiz, marchaba en su contra, y que no les podia oponer mas que de siete á ocho mil hombres; que el general Sebastiani, en vez de estar siempre en proporcion de socorrer al mariscal Victor, habia dirigido sus principales fuerzas hacia el reino de Murcia; y que por tanto se corria el peligro de ver el sitio de Cádiz levantado y el inmenso material junto para este asedio, destruido. Otras noticias traídas de las cercanías de Lisboa, anunciaban que los ingleses hacian un movimiento sobre las plazas de Extremadura; que ya habian asomado delante de Elvas mil hombres; y que un ejército inglés, probablemente el de lord Wellington, se adelantaba con objeto de interrumpir el sitio de Badajoz, lo cual, de acuerdo con otros rumores, daba lugar á creer que al fin el mariscal Massena se habia visto en la necesidad de retirarse del Tajo al Mondego ó al Coa. Asi amenazaba la próxima derrota del mariscal Victor, el levantamiento del sitio de Cádiz y aun quizá la aparicion del ejército inglés, que, no teniendo ya que habérselas con el mariscal Massena, tornara sus fuerzas contra el

mariscal Soult, que bajo los muros de Badajoz estaba reducido á quince ó diez y seis mil hombres. Este era el primer castigo de la falta cometida en no juntar bajo Cádiz á los cuerpos primero y cuarto y en no acelerar el sitio de Badajoz para marchar con el quinto hácia Abrantes. Ya fuera imputable la falta al estado mayor de Paris por haber coordinado mal el conjunto de los movimientos, ya al estado mayor de Andalucía por haber ejecutado mal las órdenes de Paris, como sucede á menudo en la guerra, en que tan ejecutiva es la justicia del resultado, se hacian sentir cruelmente las consecuencias de haber incurrido en tal falta.

Al recibir estas noticias trasladóse el mariscal Soult á las trincheras acompañado del mariscal Mortier y de los principales oficiales de ingenieros y de artillería. Declaróles que queria estar dentro de Badajoz en el término de cuarenta y ocho horas. Se anunciaba que al dia siguiente estaria pronta la batería de brecha y que al cabo de poco tiempo habria derribado la cortina, haciendo posible el asalto. Mas contradiciendo el general de artillería, según costumbre, al de ingenieros, pretendió que la batería de brecha se expondría á encontrar la cima de la contraescarpa, y que entonces no profundizaría lo bastante para llegar al pie del muro que se trataba de echar abajo, y así podria muy bien no ser practicable la brecha. Dos dias hubieran sido menester para llegar por un ramal á la contraescarpa y demoler su cima. Con este motivo se empañó una disputa entre las armas de artillería y de ingenieros, y la cortó el mariscal Soult diciendo que se iria á derribar á mano la cima del muro de la contraescarpa. Los oficiales de ingenieros sus-

tentaron que era imposible ejecutar semejante obra al descubierto bajo los fuegos de la plaza, pero aguijoneado el mariscal por las noticias recibidas, no admitió las objeciones, y determinó que aquella misma noche un destacamento de soldados de ingenieros, cubriéndose con las tinieblas á falta de otra cosa, fuera á derribar una porcion del muro con el fin de que la boca de los cañones pudiera así entrañar mas en el foso. Para sacrificar de esta manera la vida de los hombres por ir mas de prisa, valiera mas haberlo practicado ocho dias antes.

Separáronse para proceder á la ejecucion de la órden dada. Un oficial de ingenieros, el capitán Guillet, puso en llevarla á cabo el orgullo que militares valerosos dedican á veces á hacer resaltar, aun á costa de su sangre, los errores de sus caudillos. A media noche fué con veinte y cinco zapadores de ingenieros á colocarse al descubierto sobre la contraescarpa y á derribar su cresta á azadonazos. Al primer choque del hierro contra la piedra, el enemigo, que tenia escuchas, hizo llover una granizada de balas sobre la bizarra gente que se sacrificaba á la disciplina militar de tal modo. Poco despues, de los veinte y cinco zapadores, diez y seis quedaron muertos ó heridos, y los demas fueron dispersados. Solo volvió el capitán Guillet justamente orgulloso de haber probado con peligro de su existencia cuánta razon tenia su arma en esta disputa.

Acto continuo rompió el fuego la batería de brecha y la demostracion fué completa. A pesar del aserto del arma de artillería, los cañones alcanzaban suficientemente abajo para demoler el muro, y muy en breve se vieron rodar sus escombros